

tenencia? Todo esto resta por saber. Nada se ha encontrado en el sepulcro en cuestion, y aun no se sabe de un modo positivo que sea el de Agamenon, que menciona Pausanias.¹

Habiendo salido de este monumento, atravesé por un valle estéril, y al otro extremo en las faldas de una colina ví las ruinas de Micenas, entre las que admiré principalmente una de las puertas de la ciudad formadas de piedras enormes colocadas sobre las mismas rocas del monte, con las cuales parece forman una sola pieza. Su único adorno consiste en dos leones de forma colosal esculpidos á los dos lados de la puerta; se representan en relieve y en dos piés, como los que sostenian los escudos de armas de nuestros antiguos caballeros, pero les faltan las cabezas. Ni aun en Egipto he visto una arquitectura mas imponente, y el desierto que la rodea aumenta aún su gravedad: pertenece á aquel género de obras que Strabon y Pausanias atribuyen á los cíclopes, y de las cuales se conservan todavía algunos restos en Italia. Mr. Petit-Radel opina que esta arquitectura es anterior á la invencion de las órdenes, y no hay duda que pertenece á los tiempos heróicos. En fin, un pastorcillo enteramente desnudo me enseñaba en aquella soledad el sepulcro de Agamenon y las ruinas de Micenas.

Al pié de la puerta de que acabo de hablar se ve una fuente, que será, si se quiere, la que Perseo halló bajo de una seta, y dió su nombre á Micenas; pues *micés*, quiere decir en griego una seta ó el pomo de una espada; pero esto es un cuento de Pausanias. Queriendo yo volver al ca-

¹ Los lacedemonios se gloriaban tambien de poseer las cenizas de Agamenon.

mino de Corinto, las pisadas del caballo sonaban en hueco. Me apeé, y descubrí al instante la bóveda de otro sepulcro.

Pausanias cuenta en Micenas cinco sepulcros, el de Atreo, el de Agamenon, el de Eurimedonte, el de Teledamo y de Pelopa, y el de Electra. Añade que Clitemnestra y Egisto estaban enterrados fuera de las murallas; ¿será, pues, este el que yo he hallado? Yo lo indiqué á Mr. Fauvel, que debió buscarlo en su primer viaje á Argos: ¡suerte rara, que me hace salir de Paris para descubrir las cenizas de Clitemnestra!

Dejamos á Nemea á mano izquierda, y seguimos nuestro camino: llegamos temprano á Corinto, pasando por una vega regada por varios arroyuelos que dividen algunos montecillos aislados, semejantes al Acro-Corinto, con el cual se confunden. Divisamos á éste mucho antes de llegar á él, y se parecia á una masa informe de granito rojizo, coronado por una línea de murallas tortuosas. No hay un viajero que no haya procurado dar una descripcion de Corinto. Spon y Wheler visitaron la ciudadela, y descubrieron la fuente Pirene; pero Chandler no subió al Acro-Corinto, y á este propósito dice Mr. Fauvel, que los turcos no lo permiten, ni aun yo mismo pude conseguir que se me permitiese pasear, al menos en sus cercanías, á pesar de los pasos que dió para ello un genízaro. Pero Pausanias en su *Corinthia*, y Plutarco en la *Vida de Arato*, nos han dado á conocer perfectamente la situacion y los monumentos del Acro-Corinto.

Nos alojamos en un kan bastante aseado, que estaba en medio del pueblo y poco distante del bazar. El genízaro salió á buscar provisiones; mientras José disponia la comida, fuí yo á dar una vuelta por las cercanías.

Corinto está situada al pié de los montes, en una llanu-

ra que se extiende hasta el mar de Crissa, ahora golfo de Lepanto, único nombre moderno que en la Grecia se iguala en armonía y belleza á los antiguos. Cuando el cielo está despejado, se descubren al otro lado del mar las cumbres del Helicon y del Parnaso; pero ni aun desde la misma ciudad se ve el mar Sarónico, pues para esto es preciso subir al Acro-Corinto, y entonces se alcanza á descubrir, no solamente este mar, sino tambien la ciudadela de Atenas y el cabo Colonna: "Lo cual, dice Spon, forma uno de los mas bellos paisajes del universo." Fácilmente lo creo, porque sin pasar de las faldas del Acro-Corinto se goza ya de la mas hermosa perspectiva. Las casas de esta poblacion son bastante espaciosas y bellas, y hállanse reunidas, formando diferentes grupos entre bosques de moreras, naranjos y cipreses: las viñas, que constituyen la riqueza del país, dan un cierto aire de fertilidad y de frescura á todo el campo. No se enredan como festones en los árboles como se usa en Italia, ni se arrastran por tierra, como en las inmediaciones de Paris, sino que cada cepa forma un ramo de hermoso verde, del que en otoño cuelgan los racimos como unos cristales transparentes. Las cumbres del Parnaso y de Helicon, el golfo de Lepanto, semejante á un magnífico canal, y el monte Onego cubierto de mirtos, forman al Norte y al Oriente el horizonte del cuadro, mientras al Mediodía y Occidente se alzan el Acro-Corinto y los montes de la Argolida y de Sicyonia. Pero ya no existe monumento alguno en Corinto, y Mr. Foucherot solo descubrió entre sus ruinas dos capiteles corintios, único recuerdo del orden inventado en esta ciudad.

Corinto, destruida enteramente por Mummio, reedificada por Julio César y por Adriano, demolida segunda vez por Alarico, y vuelta á reedificar por los venecianos, fué sa-

queada y destruida tercera y última vez por Mahometo II. Strabon la vió en tiempo de Augusto, poco despues de haber sido reedificada: Pausanias la admiró en tiempo de Adriano, y segun los monumentos que describe, era en su época una ciudad magnífica. Fuera curioso saber lo que era en el año 1173, cuando pasó por allí Benjamin de Tudela; pero este judío español cuenta con mucha gravedad que llegó á Patrás, "ciudad de Antipater, dice, uno de los cuatro reyes griegos entre quienes se dividió el imperio de Alejandro." De allí pasó á Lepanto y á Corinto, donde encontró trescientos judíos dirigidos por los venerables rabinos Leon, Jacob y Ezechías; y ve aquí todo lo que buscaba Benjamin.

Algunos viajeros modernos nos han dado á conocer lo que quedaba de Corinto despues de tantas desgracias: Spon y Wheler descubrieron las ruinas de un templo de la mas remota antigüedad, que consistian en once columnas estriadas sin base, y de orden dórico. Spon asegura que la altura de estas columnas no llegaba á cuatro diámetros mas que el diámetro del pié de la columna, lo cual prueba que tenian en todo cinco diámetros. Chandler dice que tenian la mitad de la altura que debian tener, para que pudiesen conservár con su orden una justa proporcion. Es evidente, pues, segun esto, que Spon padeció una equivocacion, porque tomó por medida del orden el diámetro del pié de la columna, y no el diámetro del tercio. Este monumento, copiado por Leroy, merece ser recordado, porque prueba que el primer orden dórico no tenia las proporciones que le dieron despues Plinio y Vitrubio; ó que el orden toscano al que este templo parece acercarse, no tuvo su origen en Italia. Spon creyó reconocer en este monumento el templo de Diana de Efeso, citado por Pausanias, y Chandler

el Sisifeo de Strabon. No puedo asegurar si existen todavía estas columnas, porque no las he visto; pero creo haber oído asegurar que las derribaron los ingleses, llevándose lo que de ellas quedaba.¹

Un pueblo marítimo, un rey que fué filósofo y se volvió tirano, un bárbaro de Roma que creía fácil reponer las estatuas de Praxiteles como las armaduras de los soldados, todos estos recuerdos no prestan el mayor interés á Corinto; pero en su lugar podemos recurrir á Jason, á Medea, á la fuente Pirene, al Pegaso, á los juegos ístmicos, fundados por Teseo y celebrados por Píndaro; es decir, como siempre, á la fábula y la poesía. No hablo de Dionisio ni de Timoleon, porque el uno fué tan cobarde, que no supo morir, y el otro muy desgraciado conservando la vida: si yo llegara á ocupar un trono, no bajaría de él sino muerto; y jamás sería bastante virtuoso para matar á mi hermano: por tanto, me cuido muy poco de estos dos hombres. Yo aprecio mucho mas á aquel muchacho que durante el sitio de Corinto, hizo llorar al mismo Mummio recitándole aquellos versos de Homero que dicen:

“¡Oh! mil veces felices los griegos, que murieron ante los altos muros de Ilion defendiendo la causa de los Atridas! Pluguiera á los dioses que yo hubiera cumplido mi suerte en el mismo día en que los troyanos lanzaron contra mí sus azagayas mientras defendía el cuerpo de Aquiles. Entonces hubiera logrado el honor de la fúnebre pira, y los griegos hubieran repetido mi nombre. Pero ahora mi suerte es la de terminar mi vida con una muerte lamentable y oscura.”

¹ Las columnas se hallaban, ó se hallan aún, hácia el puerto Schæno y yo no bajé hasta el mar.

Todo esto es verdadero, natural y patético; y admiramos aquí uno de los grandes golpes de la fortuna; la fuerza del génio y del corazón del hombre.

Todavía se fabrican vasos en Corinto, pero ya no son los que Ciceron pedía con tanta eficacia á su querido Atico, y aun parece que los corintios han perdido el uso que tenían de dar un grato hospedaje á los extranjeros; pues mientras yo estaba en una viña examinando un mármol, me ví de súbito cubierto de una nube de piedras; sin duda para que los descendientes de Lais tengan el honor de conservar el adagio.

Cuando los Césares levantaban los muros de Corinto, y los templos de los dioses salían de entre las ruinas con mas esplendor que antes, había un desconocido obrero que edificaba silenciosamente un monumento, que permanece en pié en medio de las ruinas de Grecia; y era un extranjero que decía de sí mismo: “Tres veces me azotaron, una me apedrearon; tres veces naufragué. He hecho muchos viajes; peligré mucho en los rios; peligros tuve de ladrones; de los de mi nacion, de los gentiles; en las ciudades, en los desiertos, entre mil falsos hermanos: he sufrido todo género de trabajos y de fatigas; frecuentes vigiliás, hambre y sed; muchas penas, frio y desnudez.” Este hombre desconocido de los grandes, despreciado de la multitud, arrojado como “las barreduras del mundo,” solo tomó al principio dos compañeros, que eran Crispo y Cayo, con la familia de Stephanas; tales fueron los oscuros arquitectos de un templo indestructible, y los primeros fieles de Corinto. El viajero recorre el recinto de esta ciudad célebre, y ni una sola ruina encuentra de los altares del paganismo; pero todavía encuentra algunas iglesias cristianas entre las cabañas de los griegos. El apóstol puede todavía desde el cielo dar el

saludo de paz á sus hijos y decirles: "Pablo á la iglesia de Dios que está en Corinto."

Serian las ocho de la mañana del dia 21 cuando salimos de Corinto, despues de haber pasado la noche bastante bien. Dos caminos hay para ir de Corinto á Megara; el uno pasa por el monte Jeraniense, llamado hoy Palæo-Vouni (la Vieja Montaña), y el otro que costea el mar Sarónico, á lo largo de las rocas Scyronianas. Este último es el mas entretenido y alegre, y era el único que seguian los antiguos; pero los turcos no permiten se transite hoy por él, y han establecido un apostadero militar al pié del monte Oneyo, á poco mas de la mitad del istmo, por ser como la llave de los dos mares; allí termina el distrito de la Morea, y no se permite el paso sin llevar una órden espresa del bajá.

Precisado, pues, á tomar el único camino que queda espedito, no pude ver las ruinas del templo de Neptuno-Isthmio, que Chandler no logró encontrar, que vieron Pococke, Spon y Wheler, y que todavía existen, segun el testimonio de Mr. Fauvel. Por lo mismo no me detendré en examinar los rastros de varias tentativas que se han practicado en diferentes épocas para cortar el istmo: el canal que comenzaron á abrir por el lado del puerto Schæno tiene de profundidad, segun Mr. Foucherot, de treinta á cuarenta piés, y sesenta de ancho. En el dia seria mas fácil llevar á cabo este proyecto con el auxilio de la pólvora: por la parte mas estrecha de la lengua de tierra que separa los dos mares, apenas hay cinco millas de uno á otro.

Una muralla de seis millas de largo cerraba el istmo en un paraje que se llamaba *Hexamillia*, y desde allí comenzamos á subir el monte Oneyo. A cada paso detenia el caballo entre pinos, laureles y mirtos, para mirar atrás. Contemplaba tristemente los dos mares, principalmente el que

cae al Poniente, que atraia mis miradas, porque me acordaba de Francia. ¡Estaba este mar tan en calma! ¡Era tan corto el camino! ¡En pocos dias podia volver á abrazar á mis amigos! Luego miraba al Peloponeso, á Corinto, al istmo, y al sitio en que se celebraban los juegos. ¡Qué desierto! ¡cuánto silencio! ¡cuán desgraciado era aquel país! ¡cuán desgraciados los griegos! ¡Perderá tambien la Francia su gloria? ¿será destruida, aniquilada en la série de los siglos?

Esta imágen de mi patria, que venia de repente á colocarse entre los cuadros que tenia á la vista, me llenó de ternura; en aquel momento ya no calculé mas que el espacio que me quedaba por recorrer antes de volver á ver mis penates. Estaba como el amigo de la fábula, alarmado por un sueño; y hubiera querido de buena gana volver á mi país para decirle:

Vous m'etes, en dormant; un peu triste apparu,

J'ai craint qu'il ne fût vrai; je suis vite accouru.

Ce maudit songe en est la cause.

En seguida penetramos en los desfiladeros del monte Oneyo, perdiendo una vez de vista, y volviendo á descubrir de pronto el mar Sarónico y el Corinto. Desde la cumbre de este monte, que toma el nombre de *Macriplaysi*, bajamos al Dervena, ó mas propiamente á la gran guardia. No sé si se debe colocar allí el Crommyon; pero lo cierto es que no encontré hombres mas humanos que Pytiocamtés.¹ Al llegar enseñé la órden del bajá al comandante, el cual me convidó á fumar y á tomar café en su barraca. El comandante era un hombre voluminoso, de una fisonomía fria y

1 Cortador de pinos: bandolero muerto por Teseo.

apática, y que no podía hacer un movimiento sobre su estera sin exhalar un suspiro, como si fuera atormentado por el mas agudo dolor: examinó mis armas, y me hizo observar las suyas, sobre todo una larga carabina, que segun decia, alcanzaba mucha distancia. En esto las guardias descubrieron un paisano que subia al monte fuera de camino, y le gritaron para que bajase; pero el pobre hombre no lo oia. Entonces el comandante se levantó haciendo un esfuerzo, cogió su carabina, y apuntando por largo rato al paisano, que se descubria entre los abetos, le disparó al fin; lo cual ejecutado, volvió á sentarse en su estera tan tranquilo y tan estúpido como antes. El paisano bajó con efecto al cuerpo de guardia herido al parecer, porque lloraba y mostraba la sangre, é inmediatamente le dieron cincuenta palos para curarle.

Al ver esto, me levanté enfadado y con tanto mayor sentimiento, cuanto que el gusto de hacer alarde de sus armas delante de mí, habia impulsado á aquel bárbaro á disparar contra el paisano. José no quiso traducir lo que yo decia, y acaso era muy necesaria en aquel momento la prudencia, pero no escuchaba su voz.

Por fin me hice traer mi caballo, y partí sin esperar al genízaro, que gritaba inútilmente detrás para que le aguardase. El y José me alcanzaron cuando ya tocaba yo la cima del monte Jeraniense. El camino poco á poco fué calmando mi indignacion. A medida que nos acercábamos á Atenas, me parecia que entraba en un país civilizado, y que hasta la misma naturaleza se presentaba algo mas risueña. La Morea está casi privada de arboledas, aunque su terreno sea mas fértil que el de Atica. Placíame caminar por los pinares, porque descubria á trechos el mar: el terreno que se estiende desde la orilla hasta el pié de los

montes estaba cubierto de olivos y algarrobos, lo cual no deja de ser un paisaje bien raro en la Grecia.

Lo primero que llamó mi atencion al llegar á Megara, fué una cuadrilla de mujeres albanesas, las cuales no eran en verdad tan hermosas como Nausicaa y sus compañeras; estaban lavando alegremente en una fuente, cerca de la cual se descubrian los restos informes de un acueducto. Aquella sin duda debia ser la fuente de las ninfas Sthnides y el acueducto de Teájenes; y si es así, Pausanias ha exagerado su elogio. Los acueductos que he visto en Grecia en nada se parecen á los romanos, pues apenas se levantan del suelo, y no presentan aquella fila de grandes arcos que producen tan agradable efecto en la perspectiva.

Nos apeamos á la puerta de la casa de un albanés, donde hallamos muy buen alojamiento, y como no eran aún las seis de la tarde, me fuí, segun acostumbraba, á recorrer las ruinas. Megara, que aun conserva su nombre, y el puerto de Nisea, que se llama *Dódeca ecclēsias* (las Doce iglesias), aunque no son muy célebres en la historia, tenían antes muy bellos monumentos. La Grecia en tiempo de los emperadores romanos debia parecerse mucho á la Italia en el último siglo, pues era una tierra clásica, donde cada ciudad poseia obras maestras. Conservábanse en Megara los doce dioses mayores, hechos por Praxiteles, un Júpiter Olímpico, comenzado por Teocosmo y por Phidias, los sepuleros de Alcmena, de Ifigenia y de Tereo. En este último sepulcro fué en donde por primera vez apareció la abubilla, de lo cual se infirió que Tereo habia sido convertido en esta ave, como sus víctimas lo fueron en golondrina y ruiseñor. Viajando yo como poeta, debia sacar partido de todo, y creer firmemente con Pausanias, que la aventura de la hija de Pandion comenzó y concluyó en